

"Luz de ayer", por Roque Esteban Scarpa, Santiago, 1951

Por su obra a Roque Esteban Scarpa le conviene el dictado rubendariano de "muy antiguo y muy moderno". Concítanse en su poesía las antiguas voces con las más modernas, en perfecta unión que le evita el clasicismo anacrónico y, al mismo tiempo, lo salva del grito destemplado, acorde con algunos espíritus de mal entendida avanzada literaria.

El título y el autor, en notas, dicen que se trata de la poesía de anterior publicación antologada ahora, más adiciones, para satisfacer la demanda de lo que no se encuentra en librerías.

A Scarpa hay que agradecerle la honradez artística y la sinceridad expresiva del verso, manifiestas desde los albores de su poesía que, ya sabemos, está surcada por interiores venas de inspiración y lectura hispánicas. El es un poeta para leerse en soledad mientras otros—agudas voces—sirven para acallar el ruido del mundo.

En las páginas 47-49 inserta el autor una consagratoria carta literaria del maestro de la crítica estilística española, Dámaso Alonso. "El castellano de usted—le dice Alonso—matizado por la tradición, enriquecido por su sensibilidad, virginalmente nervado como si fuera invento o troquelación de ahora mismo, es capaz de tantos registros, luces y penumbras, que es lengua perfecta, límite de la delicadeza expresiva y de la irradiación del espíritu".

Es ello todo verdad y nada elogio.

El conjunto de "Luz de ayer" es vario, pluriforme: muestra al autor en toda su gama expresiva: hay versos del pasado y nuevos, hay prosa, hay fragmentos de novelas, etc. El "Cancionero de Hammud"—perfecto ejemplo de asimilación de finura y profundidad orientales—cuya edición privada data de 1946; "Mortal Mantenimiento", sonetos que en 1941 obtuvieron el premio de poesía de la SECH; "El Tiempo", bello poema dramático y "Prosa en vuelo", fragmentos de novela, constituyen lo medular del libro.

Y henos frente a esta poesía torturada, mansa a veces, que casi

siempre Scarpa vierte en la cárcel luminosa del soneto. Alguien podría reprocharle al autor el uso de esa forma poética, pero ¿es que una poesía como ésta, rigurosa, puede tener mejor expresión en otra que no sea la del soneto? En él encierra el poeta su inspiración, y al hacerlo domina su rebeldía de hombre de hoy, atónito ante tanta nueva forma de expresión, y nos da a oír una voz envidiable, quieta, nostálgica, como en el conocido soneto cuyo último verso procede de Vicente Aleixandre:

Tanta infancia de ayer en la ternura
de contemplar la nieve deshacerse,
tanto mirar sin ojos el perderse.
en fría pluma exangüe mi ventura.

Tanta dócil escarcha que aún fulgura
en el cristal del alba al recogerse,
tanto cándido viento estremecerse
siento en los grumos de la noche impura.

Tanta desnuda luz en la vertiente
de proféticos sueños de la aurora,
tanto algodón de anémona en mi frente,

Tanta inocencia en esta turbia hora
en que el corazón gime adolescente
de pronto en una nieve que aún me llora.

(Pág. 19).

El “Cancionero de Hammud” contiene breves poemas atribuídos al Emir de Ronda Hammud Ben Ismail-Walid; son concisos relámpagos donde luminosas metáforas—fiesta de colores, imprecisa—desorbitan la imaginación y la fuerzan bellamente;

Cuando desnuda su cuerpo
junto a sábanas del alba,
la luna se avergüenza de su luto
y turbios opálos sueñan en diamantes.

(Pág. 37).

La contemplación del cuerpo amado le hace exclamar:

La luz que tu cuerpo daba
tendido sobre la seda
desvaneció las estrellas,
y el alhelí recogió
su ajuar nocturno de aromas.
Dios creyó que amanecía.

(Pág. 38).

Y siempre los toques cromáticos destellando entre imágenes sensoriales casi tangibles, salvadas de lo sensual por la delicadeza de expresión y el dulce fluir de un aire melancólico:

¿Dónde tu juventud y la sonrisa,
la tibiaza nocturna de tu cuerpo,
y tu gemido de gacela en celo?

.....
La espuma, desolada, ya no encuentra
el grácil cuerpo que besó en estío.

(Págs. 43-44).

Pero donde indudablemente Scarpa camina su personal terreno es en las composiciones de "El adolescente desterrado" y "Mortal Mantenimiento", viejo libro siempre nuevo.

En "Canción" (pág. 59) encontramos la síntesis poderosa que produce un desgarrón largamente sugestivo en lo interior del lector; ¿no parece brotado de la más clásica pluma este decir?

La muerte que me codicia existe:
algún día seré cuerpo abandonado.

Ansia mortal bebida en tu mejilla,
melancólica voz que me consume.

Preguntas y ausencias me donaste.
¿sólo vivo el enigma de un olvido?

(Pág. 59).

Es maravilla de brevedad rica en contenido y vibración, mas no podemos abismarnos de ello: Scarpa es hombre de intensa convivencia con los clásicos: Quevedo, Calderón, Góngora—más otros—surcan interiormente su obra y salen por propia boca del autor, que bien los conoce en larga jornada de enseñanza y antología.

Así Scarpa nos lleva entre un oleaje de belleza—moderna ciudad con olvidados mármoles—del poema angustiado por el fluir del tiempo, al aire de madrigal que posee este otro:

Una estrella
o una piedra oscura en el amor
tú significas.

Si no hubieras nacido, qué soledad celeste,
qué tristeza de viento en la música muerta,
qué enredadas raíces de blancura iniciales,
qué vacíos abiertos soñando sus riberas.

Si no hubieras venido, qué soledad de penas.

(Pág. 89).

También la voz nueva cuando dice, por ejemplo:

Aquí junto a tus brazos, aquí donde
espuma triste suenan, y corazones verdes,
y anémonas marinas, y tus ojos perdidos,
aquí junto a tu ausencia,
en la noche sonora,
va naciendo la angustia y su flor imprecisa...

(Pág. 69).

O la melancolía que cae sobre el alma, lenta, implacable, en el poema "Soledad frente al mar" (pág. 83):

Hacia ti vuelvo los ojos de la pena,
abandonado mar, que contemplaste mis tardes
mis tardes de fuego y de sal muerta...

Al terminar el libro encontramos un hermoso poema dramático, y la prosa. El primero—aire de tragedia griega—sirve a Scarpa para la expresión de "dos problemas angustiosos: el del fluir existencial y el del destino". (Notas, pág. 144). Se inicia con la voz del coro que presenta el problema:

Vais a ver, amigos, en un sueño,
el corazón del hombre gimiendo por el tiempo.

Reconoció el poeta su límite y angustia
en el tiempo común que sostiene su paso,
que permite al amor abrir sus densas flores
y, quemando las formas, eternizar su esencia.

Vais a ver, amigos, un corazón de sangre
llevado por fantasmas que en algún día fueron.
Sólo quedan sus nombres en esta tierra ciega,
sus cenizas las guardan sarcófagos del tiempo...

Vais a oír, amigos, la antigüedad eterna:
la angustia del hombre no ha cesado en el tiempo.
Vais a oír, amigos, vais a oír al tiempo.

(Págs. 101-102).

El desarrollo dramático de la acción, los personajes, el clima que logra el autor, hacen pensar en una obra más extensa que con el mismo tema alguna vez podría escribir.

Termina el libro con "Prosa en vuelo", fragmentos de dos novelas inconclusas, técnicamente novedosas. Es prosa dinámica y vital, que merece su título.

Deja en nuestro ánimo un hálito desconocido casi este libro tan puro en forma y contenido poético y la luz de ayer que lo ilumina es también de hoy, de siempre.—J. L.